

Muy de cerca

Cristina Sánchez-Andrade Escritora

«En mis novelas nunca salen móviles»

LUÍS POUSA

REDACCIÓN / LA VOZ

Cristina Sánchez-Andrade (Santiago, 1968) escribe en 3D. Incluso en 4D. Sus párrafos se ven. Se palpan, se saborean, se huelen, se oyen. Acaba de publicar nueva novela: *Alguien bajo los párpados* (Anagrama) y a principios de julio regresará a Galicia de gira con su libro y su prosa deslumbrante bajo el brazo.

—Lleva ya muchos años en Madrid, pero Galicia impregna todas sus novelas. ¿Por qué?

—Pues también es un misterio para mí. Es probable que sea porque todas las vacaciones de mi infancia las pasé en Galicia, en Santiago en Navidades y en las Rías Baixas en verano, y lo que uno vive durante la niñez, con esas fronteras indecisas entre lo que es mentira y lo que es verdad, es determinante a la hora de escribir. Todos los escritores volvemos una y otra vez a nuestra infancia. Y también, por qué no decirlo, ies que Galicia me tira!

—Se ha dicho que esta novela es una «road movie», una «*Thelma y Louise*» en Compostela...

—Es la historia de dos ancianitas chifladas, señora y criada, que se montan en un Volkswagen Escarabajo y emprenden un viaje en busca de ese «alguien» bajo los párpados, con una gaviota en el techo del coche y un extraño bulto en los asientos traseros que el lector no sabe lo que es hasta casi el final. Mientras hacen el recorrido, desde Santiago hasta la laguna de Sobrado dos Monxes, van rememorando su vida. Lo de *Thelma y Louise* se ha dicho para entender fácilmente que es un viaje loco de dos mujeres libres, pero yo creo que remite más bien al tradicional viaje del héroe, con todas sus etapas.

—También comparan a sus vie-

jecitas con las de «Arsénico por compasión».

—Sí, hay un guiño a la película cuando un personaje les dice que son como las «dos ancianitas con pinta de mosquitas muertas que se dedican a matar hombres y a esconderlos en el sótano». Me encanta ese contraste entre la dulzura y la vulnerabilidad de las viejecitas y lo bestias que pueden llegar a ser.

—Si tuviera que poner una banda sonora a esta «road movie», ¿qué música elegiría?

—Tres canciones que le van al pelo: *Running on empty*, de Jackson Browne; *Have I told you lately that I love you*, de Van Morrison, y *I want to break free*, de Queen. La primera habla de las metas incompletas y de la imperfección de la vida. La segunda me encanta porque es lo que se están diciendo una viejecita a la otra, sin decirlo expresamente, claro, durante toda la novela. Y la tercera porque lo que hacen emprendiendo ese viaje es romper, liberarse de las ataduras de la vida.

—Como todos sus libros, esta es una novela para leer con los cinco sentidos. Hay páginas que chisporrotean. ¿Cómo logra ese efecto 3D con las palabras?

—Lo que oí y toqué (¡y hasta escuché!) en la cocina de la casa de mi abuela quedó impreso en mi memoria para siempre. La imaginación no es del todo libre: está ligada a todo lo que llegó a través de los sentidos durante la infancia.

—Y hablando de su abuela, ¿hasta qué punto le han influido esos relatos a la luz de la lareira?

—Todas las historias que nos contaba mi abuela, que a su vez le contaron a ella, son

mi principal fuente de inspiración.

—¿Y es verdad que sacó de las historias de su abuela a personajes como ese cura que se cansó de dar la extremaunción a una anciana y un día le soltó: «¡A morir, coño, que para eso estamos!»?

—¡Sí, claro! A ver, todos los personajes literarios, al menos en mi caso, están siempre influidos por gente que existió, que yo conozco o conocí o de la que me hablaron. Luego uno también pone de su imaginación, los re-

tuerce y los transforma.

—García Márquez decía que encontró su voz propia el día que se dio cuenta de que Kafka le sonaba igual que las historias de su abuela.

—En realidad, encontrar la voz interior no es ningún misterio. Se trata de prestar atención, abandonar las ideas sobre lo que la voz debería decir y dejar que fluya y hable por sí misma. Se trata de movernos libremente por nuestro interior, de abandonarnos a las obsesiones. Las obsesiones son las reliquias de la infancia. Hay que tener siempre la puerta abierta en esa dirección.

—A veces parece que la Galicia real es más inverosímil que la Galicia literaria.

—No tenemos más que ver los telediaros. A la escritora Flannery O'Connor siempre le recriminaban que la vida en Georgia, al sur de los EE. UU., no era como ella la describía, que los asesinos no andaban sueltos por las carreteras exterminando familias y que los vendedores de biblias no iban por ahí en busca de niñas con piernas de madera. Pues bien, ella contestaba que el que no lo veía así es que no había observado lo suficiente la realidad del sur de los EE. UU. Yo estuve hace dos veranos por ahí y le aseguro que sigue siendo tal y como ella lo describía en sus relatos.

—La escritora argentina Selva Almada me comentaba que es incapaz de escribir una historia en la que aparezca un móvil. ¿A usted le pasa lo mismo?

—Pues no había oído eso, pero me ocurre igual. En mis novelas y relatos nunca salen móviles.



ILUSTRACIÓN PINTO & CHINTO